

EDITORIAL

Vivimos tiempos convulsionados en México. Desde los años ochenta hemos seguido una ruta de desgaste y retroceso en las instituciones que deberían hacer funcionar el aparato estatal en aras del progreso, desarrollo y avance del país, acorde con las necesidades más apremiantes de la sociedad mexicana.

Entre las causas más sobresalientes que han propiciado lo anterior, podemos señalar las siguientes:

La actividad política se ha corrompido, en gran parte, porque la “élite política” en nuestro país, eufemísticamente llamada “clase política”, siempre ha gobernado en acato a los intereses de la oligarquía. Desde los tiempos de la metrópoli española se actuó obedeciendo sumisa y servilmente al igual que ahora frente a los intereses dictados por el “consenso de Washington”, derivando con ello en el alejamiento de los pobres, de los de abajo, ahondando, profundizando la pobreza de la mayoría de la población (60 millones), en contraste con el enriquecimiento de los menos y, entre ellos, sobresaliendo unos 30 poderosos, incluyendo al más rico del mundo. ¡Mayor contraste y contradicción no podemos encontrar en otro país!

¿Qué hacer? No tratamos de analogar de ninguna manera la pregunta que se hacía V. I. Lenin antes de la revolución de 1917 en la Rusia zarista, puesto que las circunstancias que influyeron en su formulación, aunque no radicalmente, fueron distintas a los tiempos que hoy vivimos. Sin embargo, cobra importante actualidad y se vale su utilización:

¿qué hacer? Estamos obligados a realizar todo lo que sea necesario para la transformación progresista de la sociedad mexicana. De alguna manera, debemos iniciar el análisis de la política, la economía, el derecho, la educación, la cultura; encontrar en estos aspectos el camino para impulsar los cambios suficientes para consolidar una resistencia civil organizada contra los intereses particulares de la oligarquía primitiva o criolla, que hoy impone su perfil dominante en todos los aspectos de la sociedad y, por supuesto, en obediencia a las instrucciones del gran poder centralista del más poderoso e insensible país del norte de nuestro continente.

En lo político, habría que considerar a “prima facie”, que no es por naturaleza lo más corrupto, lo más nefasto, lo más cruel, lo más mentiroso, lo más simulador.

Debemos dejar en claro lo que hacen los políticos, la clase política; en todo caso es lo “no político”, es la perversión de la política, contrario a lo que sostenían los griegos, “el arte de gobernar”, el arte o disciplina del pensamiento humano, que tiene su objeto de estudio desde el campo de la filosofía política, adjunto a la ética política: ejercer el poder, mandando, obedeciendo, ¿para quién? Conducir a la sociedad a la solución de los problemas más importantes para alcanzar los objetivos de integración y conformación más justa y equitativa, que hagan posible la paz, la armonía, en una humana y sólida convivencia social.

La política hoy debe ser el arte y ciencia de gobernar con base en el diálogo, el debate, la discusión y consenso para llegar a acuerdos, requerido este carácter de la política desde el momento que aceptamos que la composición de toda sociedad es plural y compleja, sobre la base de respetar la diversidad que la modernidad de las sociedades de hoy nos obliga.

Por lo anteriormente expuesto, es evidente que nos queda mucho por hacer.